

UNIVERSIDAD DE SANTO DOMINGO

ANALES

Ciudad Trujillo
Enero - Diciembre
1950

53-56

Un Mundo en Crisis (*)

JUAN FCO. SANCHEZ,
Catedrático de la Facultad de Filosofía.

Ilustres Rector y Vicerrector,
Señores Profesores,
Queridos alumnos,
Damas y Caballeros:

No existe hoy en día un hombre medianamente ilustrado que no haya oído hablar de la crisis del espíritu, de la crisis de la cultura. En qué consiste esta crisis, ya lo sabemos. No hay más que echar una ojeada de conjunto al panorama del mundo presente para verla.

Dos son las características principales que a mi entender denuncian esta crisis, y ambas son complementarias una de la otra, ellas son: **la negación de lo tradicional, y en consecuencia, la confusión de valores y la búsqueda de lo novedoso.**

Tomemos por ejemplo esa forma superior de Cultura que se llama Religión, y veamos lo que ocurre en Norteamérica (y no lo decimos en sentido peyorativo, sino porque esta gran democracia puede ser tomada como prototipo de lo que podría llamarse cultura moderna): las sectas religiosas pasan de ciento. Basta que un llamado "leader de conciencia" invente una nueva interpretación de la vida del espíritu, monte una oficina

(*) Discurso de Orden pronunciado en el Paraninfo de la Universidad el 12 de Octubre de 1950, en ocasión del Acto Académico de Apertura de Cursos.

de propaganda y emprenda una campaña de difusión de sus ideas, para que al poco tiempo cuente con un apreciable número de adherentes. Así encontramos la "ciencia cristiana", el "movimiento de cultura mental", "los cientistas de Cristo", etc. Cada secta proclama un principio de autoridad o una nueva manera de aceptar este principio, con la inevitable consecuencia: donde hay muchas autoridades no hay ninguna autoridad.

De aquí la segunda característica de la crisis presente: la confusión de valores, y en consecuencia, la búsqueda de lo novedoso.

Igual resultado obtendremos si analizamos a vuelo de pájaro el campo de otro gran factor de cultura: la Filosofía. La negación de la autoridad tradicional y la búsqueda de lo novedoso hacen también su aparición allí donde menos se podría esperar. Es cierto que en Filosofía siempre ha existido la lucha entre aquellos que proclaman la autoridad de la razón como principio constitutivo de la esfera teórica y norma reguladora de la esfera práctica, y aquellos otros que proclaman la autoridad de la voluntad o de la naturaleza; no obstante, los voluntaristas siempre admitieron la voluntad como un absoluto de la ley moral, o como un primado de la razón práctica, o como la *cosa en sí*, en fin, como un principio de autoridad; por su parte, hasta los naturalistas, materialistas y positivistas, admitieron el principio de autoridad de la naturaleza, o de los hechos materiales, o de los hechos humanos, como una norma ordenadora, como criterio de certidumbre, como principio de autoridad.

Pero hoy en día, después que el idealismo se ha ido batiendo en retirada, luego que la crítica de la ciencia encontró en Boutroux y sus seguidores un ariete con que destronar al positivismo, ha hecho su aparición una corriente irracionalista que ni siquiera se refugia en la naturaleza, sino que proclama la *libertad humana* como la verdad única; me refiero al existencialismo ateo. Podría pensarse que esta libertad constituye un

UN MUNDO EN CRISIS

nuevo principio de autoridad, pero no es así; la libertad del existencialismo materialista es una libertad arbitraria que no tiene fundamento a priori, una legisladora que no da normas, una libertad-para-la-nada. La filosofía típica de nuestro tiempo, pues, se ha sustraído a la autoridad de la razón, pero ni ha sido capaz de crear una nueva autoridad, ni la quiere en absoluto. La negación del principio de autoridad, da lugar a la segunda característica de que hemos hablado: la confusión de valores y la búsqueda de lo novedoso; lo dice textualmente su nuevo apóstol Sartre: "el hombre es el creador de todo valor y de toda norma....", y para hacer popular su filosofía se vale principalmente del teatro y la novela, con una crudeza que espanta a algunos y asquea a todo hombre de mediana sensibilidad espiritual.

Igual experiencia obtendremos si examinamos el panorama actual del Arte. Todos ustedes han oído hablar de "cubismo", "dadaísmo", "ultraísmo", "surrealismo", etc., etc. Desde que Marinetti lanzó al mundo su manifiesto iconoclasta hasta el día de hoy, la pérdida de una orientación verdadera y la aparición de mil orientaciones novedosas haciendo cabriolas sobre el desbridado pegaso de las fantasías personalistas, han dado al traste con lo que siempre se entendió por arte, porque dejando aparte la escabrosa cuestión de las definiciones, siempre se entendió el arte como compañero de la eterna belleza. ¿Dónde anida hoy la cándida paloma de la belleza? La arquitectura ha ido a parar a los grandes cajones superpuestos que son los rascacielos modernos; la escultura, a los brazos y piernas retorcidos; la pintura, al cubismo, a las simples manchas de colores o al dibujo deformado; el drama y la novela a sondear y describir los bajos fondos de la psiquis morbosa; el suicidio, el adulterio, el robo, la pederastia, el sexo . . . ; la poesía, a la contracción del símil y la metáfora hasta llegar a la imagen inaprehensible; la música, a la atonalidad y las disonancias de Schoenberg,

en su forma culta, y a las estridencias del jazz, en su forma popular.

Desde luego, hay sus excepciones en todo esto y nadie lo niega, pero estamos refiriéndonos principalmente al proceso de descomposición que se ha operado modernamente en las formas superiores de la cultura por la liquidación de las normas tradicionales y por eso ponemos el dedo allí donde la enfermedad ha hecho visible la úlcera.

Sin embargo, la carencia absoluta de un principio de autoridad, de una norma por la cual guiarse, no es algo que se pueda soportar por mucho tiempo, y en términos de masa, casi nunca. Podemos escribir y teorizar sobre la "absoluta libertad" del hombre en filosofía, en la novela o en panfleto propagandista, —personalmente—, pero lo cierto es que las sociedades, el grupo colectivo, cuando le quitan un Dios fabrica un fetiche. Es algo consustancial a la estructura colectiva. ¿Qué nuevo principio de autoridad, qué nuevo Dios preside el mundo caótico de hoy?

Voy a dar una respuesta que, por enfocar un problema tan magno y tan grave, sólo puede revestir los perfiles de un simple intento de interpretación. No creo que el principio directivo del mundo presente sea uno solo, se trata más bien de un complejo, pero pienso que podría resumirse diciendo que los nuevos dioses son la **biología** y la **economía** sometidas éstas a la diosa mayor de la **técnica**.

Después que ya han pasado las generaciones que produce un siglo, los historiadores intentan concentrar en una sola palabra el concepto que ha dominado la vida de esas generaciones en el esfuerzo colectivo cultural; así decimos que el siglo XVIII fué el siglo de la Razon, el XIX el del Progreso, y creemos que podemos aventurarnos a diagnosticar el concepto que tendrán los futuros historiadores de nuestra época: la podrían llamar: el siglo de la bioeconómica dominada por la técnica.

UN MUNDO EN CRISIS

Ya el siglo XIX comenzó a echar las bases del biologismo científico con Augusto Comte en Filosofía, Darwin en genética, Marx en socio-política etc. Uso el término biologismo en un sentido amplio para designar aquella tendencia a interpretar los fenómenos humanos, y por lo tanto culturales, como manifestaciones o sub-productos del organismo vivo. Y no se crea que estos arrestos del positivismo del siglo XIX han sido vencidos. Es cierto que Lombroso no triunfó a la postre en lograr la aceptación total de su teoría de todos conocida, pero sentó las bases para que más luego, y aún hoy en día, se encuentren defensores y propugnadores de una disciplina llamada "Endocrinología Criminal" que pretende explicar las anormalidades biológicas que tienen lugar en el delincuente, y así interpretar nada menos que el difícilísimo y profundo problema del delito.

Los conceptos de herencia, instinto, tara, impulso sexual, etc. tomados de la biología, se han introducido en todas partes, sobre todo en Psiquiatría, en Psicología y en Psicoanálisis, suplantando poco a poco a los viejos conceptos de pecado, de falta de fe, de mala voluntad, de mala crianza, etc., tomados de la religión o de las experiencias de la vida práctica familiar. En las grandes ciudades, hay hoy en día un crecidísimo número de madres que llevan al niño malcriado al psicoanalista, quien inmediatamente le descubre un "complejo", producto de un "trauma psíquico" o un "centro de fijación", o una "tara heredada". Edipo, Electra, la libido, hacen su aparición inevitable.

No quiero con esto dar la razón a aquellos que opinan que el niño en cuestión se curaría mejor con el antiguo sistema de la correa; tampoco pretendo negar la existencia del psicoanálisis como ciencia, ni estoy en contra del psicoanalista como un medio útil en algunos casos. Simplemente señalo el biologismo como un nuevo principio de autoridad de las masas. La presente civilización es una civilización de masas, y las masas se manejan con la propaganda, y el hecho es que los difu-

sores de esta propaganda (que son las grandes revistas del tipo de "Selecciones", la radio y el cine) no toman sus ideas de la religión ni de la filosofía, sino que están imbuídos en el signo de la época que es el olvido del hombre espiritual e integral; por eso lo toman unilateralmente como ente orgánico y lo presentan en estas síntesis periodísticas que pretenden revestir autoridad "científica", olvidando la necesaria conexión con el hombre espiritual. Hasta en el terreno político se introdujo lo biológico, recordemos sino los conceptos de raza, sangre, superioridad racial, etc. del nazismo; el panarabismo; el judaísmo; el pan-eslavismo de los rusos, etc.

El otro nuevo dios compañero del biologismo es la Economía. De la preponderancia del factor económico en la mentalidad moderna, no hay que hablar mucho para convencer; no sólo forma parte principalísima del interés del Estado moderno la producción, consumo, venta y repartición de la riqueza, sino que lo económico está tan consustancialmente ligado a nuestra mentalidad, que a poco que discutamos con otro los problemas de la riqueza en relación con la sociedad, y comienzan a aparecer los diferentes criterios de apreciación del problema, ya estamos pensando como socialistas, capitalistas o comunistas. Individualmente, el aforismo yanqui "time is money" preside el esfuerzo del hombre moderno; hay que convertir en dinero el tiempo de nuestra vida.

Sin embargo, el signo más distintivo de la mentalidad de nuestros días es el de la técnica. La técnica, que a mi entender es un producto histórico de la razón cuantitativa, del espíritu de Geometría (como decía Pascal), del intelectualismo orientado al hacer utilitario, es la apoteosis del **homo faber**, gran señor de la civilización . . . aunque no de la cultura. En efecto, hoy más que nunca se debe hacer una distinción entre civilización y cultura, y para ello se podría tomar como criterio diferencial el predominio de la técnica en la civi-

UN MUNDO EN CRISIS

lización. La técnica se refiere —dicho en **grosso modo**—al hacer universal conforme a ciertas reglas y conocimientos idénticos para todos, tendientes a lograr fines prácticos de utilidad. De ahí que ella sea el signo por excelencia de nuestra civilización. La cultura, por el contrario, no es algo que pueda lograrse siguiendo normas universales, ni experiencias idénticas para todo el mundo es algo que resulta del desarrollo espontáneo del individuo interno, del esfuerzo creador de la persona, o de un grupo social característico. Por eso Keyserling ponía el ejemplo del **chofer** como prototipo del hombre-medio civilizado moderno.

Y aquí voy a hacer un pequeño relato que ilustra lo que quiero decir. Hace algunos años, hice un corto viaje al corazón del Cibao con el objeto de conocer a un campesino taumaturgo cuya fama había llegado hasta mis oídos. Lo encontré en medio de la selva, metido en un pequeño bohío al través de cuyo techo agujereado podían verse titilar las estrellas. Sólo naturaleza, horizonte y cielo rodeaban a aquel analfabeta. Sin embargo, las contestaciones que dió a mis preguntas —muchas de ellas profundas— fueron absolutamente satisfactorias si se tenía en cuenta sus escasos medios de expresión. Cuando le pregunté dónde había aprendido tal sabiduría, me contestó: “orservando y pensando”. Contrastando con él, estaba el chófer que me llevó y que, entre paréntesis, se pasó todo el tiempo burlándose del campesino. También él era un campesino que había llegado a la capital hacía unos 10 años; en esos diez años se había adaptado a este tipo de civilización que produce la técnica: manejaba un carro y poseía el vocabulario completo de todas las partes del motor, tenía una radio y hablaba de ondas cortas y kilociclos, y además hacía comentarios, con aire de autoridad, sobre el poder destructivo de la bomba atómica. Por supuesto, que no entendía a fondo nada de lo que hablaba, ni mucho menos podía captar el sentido trascendente de los inventos y descubrimientos y el papel que juegan en la cultura,

pero disfrutaba de ese poder característico de utilización universal de los inventos y aparatos que ofrece la técnica. Así, podríamos decir que el chófer era más **civilizado** que el campesino de la cabaña, pero que éste era más **culto** que el chófer. Este pequeño ejemplo podría servirnos para practicar el criterio diferencial entre civilización y cultura, y ello nos basta para explicarnos el por qué tenemos hoy una estupenda civilización en marcha junto a una cultura en crisis.

Ahora bien, si observamos el panorama del mundo presente, veremos como el ideal de la técnica se ha apoderado de toda la vida moderna. Para no citar aspectos secundarios, basta decir que se ha apoderado y rige imperiosamente la relación fundamental Hombre-Trabajo. Esta básica relación de Hombre-Trabajo, por obra y gracia de la técnica se ha convertido en el terrible y desastroso binomio Hombre-Máquina... Por virtud de la mecanización gradual del hombre, conjuntamente con la negación de la autoridad del espíritu, se ha llevado a efecto una deshumanización que amenaza desnaturalizar la propia calidad del hombre. Es un proceso de lenta absorción y de inversión gradual que aterra si examinamos sus consecuencias, el hombre inventó la técnica, luego la técnica inventó la técnica y finalmente la técnica está inventando al hombre. El tecnicismo exagerado se ha apoderado del hombre hasta convertirlo en su esclavo, anulando en él lo más precioso que tiene: su propia humanidad. Las guerras actuales son guerras técnicas; hasta las ideologías que las provocan o que las siguen como secuela, son un producto técnico porque las ideologías políticas más influyentes, como el comunismo, son un producto manufacturado por los grandes dirigentes de masas, son una "tecnificación" de ciertas y determinadas ideas o conceptos. Y como dichas ideologías no parten del hombre considerado como espíritu, sino como número de un conglomerado social, bio-económico, conllevan a una desvalorización del hombre, a una deshumanización.

UN MUNDO EN CRISIS

Sin esta deshumanización que ha efectuado la técnica, sería imposible concebir la crueldad insólita de las guerras modernas. La crueldad del hombre que ha sido civilizado por la técnica es aún peor que la del salvaje, porque la de éste es instintiva, inconsciente, muchas veces producto de la idolatría, siempre de la ignorancia; pero la de nosotros es una crueldad "tecnificada", consciente. Parfraseando el lacerante grito de Nietzsche "Dios ha muerto", cabría preguntarnos si dentro de poco no tendremos que exclamar también: "el hombre ha muerto" . . .

Hasta aquí, hemos diagnosticado por sus síntomas la crisis del mundo actual y de su cultura; pero cabría preguntar por las causas. Harto difícil es hacerlo, sobre todo en el espacio tan breve de estas palabras que no pretenden ser un estudio sino una simple toma de conciencia del problema.

Hay quien opina que desde que los antiguos griegos divorciaron la filosofía de la religión, todos los factores de la cultura están en estado de inestabilidad, buscando perennemente el balance perdido. Hay otros que conciben el desequilibrio presente como el resultado histórico final del humanismo renacentista que decretó el triunfo del hombre tomado como hombre terreno de carne y hueso sobre un hipotético hombre celestial. Hay quien se detiene en los antecedentes más inmediatos y no va más allá del materialismo del siglo pasado; y hay aún quien echa la responsabilidad a un solo sector de ese materialismo: el marxismo.

La verdad es que el marxismo es sólo la parte "tecnificada" —para uso bio-económico— del materialismo. Cuando Marx llegó al escenario, ya hacía rato que los profesores universitarios portavoces del liberalismo intelectualista, los teorizantes del capitalismo, los teólogos de la escuela hegeliana, los adversarios del cristianismo . . . todos, enseñaban o daban a entender con su actitud, que la religión sólo concierne al hombre inter-

no y que ésta era un asunto "privado". La desintegración del hombre se había efectuado y teníamos al ser humano dividido en varios compartimientos titulados según los objetos formales de las ciencias: el hombre social, el hombre económico, el hombre orgánico, el hombre psíquico, el hombre religioso... En resumen: un hombre interno, objeto de la Religión y de la Psicología, y un hombre exterior, objeto de la Política y de la Sociología, de la Economía, de la Medicina, del Derecho... etc. El hombre en estado de divorcio consigo mismo fué fácil presa del fatal desarrollo histórico a que conllevaba el olvido del espíritu. Para no citar más que dos casos, recordemos que el autor de uno de los himnos religiosos más bellos e inspirados de la colección inglesa, Sir John Browning, fué el mismo hombre que obligó a China por medio de los cañones a abrir sus puertas y territorios al comercio del opio. El otro caso es bien conocido de nosotros los dominicanos: Sir Francis Drake era considerado como un hombre piadoso, "pío corsario" lo llamaba en son de elogio un documento de la época.

Este divorcio del hombre con el hombre partido en dos: un hombre interior que pregona su fe en Dios y cumple con el culto, y un hombre exterior que hace lo que le venga en ganas o lo que convenga a los intereses del egoísmo, aunque estas ganas y estos intereses deterioren su humanidad, ha sido el germen fatal de grandes males. Por eso Marx pudo invertir la frase de Cristo ("Buscad el reino de Dios y su justicia, que lo demás os será dado por añadidura"): para decir en la "Crítica de la filosofía hegeliana": "Es preciso transformar **primero** el exterior, que el resto vendrá luego por sí solo". Las doctrinas de la supremacía de lo económico sobre lo espiritual, la del espíritu como **epifenómeno** de la psiquis y la de la cultura como **reflejo** del proceso socio-económico, no habrían podido abrirse paso tan fácilmente si no hubieran sido predicadas en el mundo materialista que ya miraba de espaldas al espíritu.

UN MUNDO EN CRISIS

El hombre, visto al través del proceso histórico es siempre un niño que juega con las fuerzas cósmicas: con las internas (pasiones, ideales, deseos, esperanzas, proyectos de sér, poder de crear y destruir), y con las externas (las fuerzas físico-químicas de la naturaleza). A menudo él fabrica —como el aprendiz de brujo de Dukas— un Frankenstein monstruoso, y entonces se asusta de su propia creación. Así, hoy tenemos miedo del mundo caótico que hemos construído nosotros mismos y buscamos a tientas el remedio. Es evidente el deseo de los filósofos y pensadores contemporáneos por crear un nuevo humanismo que restituya el hombre a su original calidad humana.

Actualmente se predicán tres formas de humanismo típicas: a) el humanismo marxista, b) el humanismo existencialista ateo, y c) el humanismo personalista cristiano. Para el humanismo marxista, el hombre es un **objeto** —casi en el sentido cosista— producto de la evolución de la materia natural y de la historia; por lo tanto, su vida está condicionada por su presente biológico y por su pasado histórico. Siendo un ente bio-social o bio-económico, su estado perfecto es el de miembro de una sociedad perfectamente planificada y jerarquizada, donde la persona no cuenta como sujeto, sino tan sólo como ruedecilla de un mecanismo ingente obligada a girar obedientemente bajo el impulso de las llamadas leyes de la necesidad social. Todos los males que aquejan al hombre social son atribuídos por el marxismo al desajuste de esta maquinaria, y por lo tanto predica una doctrina de salvación a base de la sumisión absoluta a tales leyes de la necesidad social. Esclavitud igual salvación: esa es la paradoja del humanismo marxista. Salta a la vista que se trata de una ideología exageradamente “tecnificada” por dirigentes de mentalidad materialista de último grado.

El humanismo existencialista ateo se presenta como una protesta contra este humanismo marxista. Para él, el hombre no es objeto sino primordialmente su-

jeto, pero un sujeto tan absolutamente libre, tan incondicionado, que en última instancia no es, sino que “**proyecta**” ser. Su existencia es un mero “proyecto” y todas las formas de cultura: Religión, Arte, Filosofía, Ciencia, Derecho, Moral. . . ., no son sino “proyectos de devenir” que el hombre inventa, modifica y deshace sucesivamente. La sociedad también es un producto del hombre. . . . ¡qué digo!, Dios es también un producto del hombre. Cerrado al amor, cerrado a la esperanza, cerrado a toda política o economía racionales, cerrado por último a todo ideal de convivencia o de comunión por el espíritu, el humanismo existencialista ateo se queda con un hombre arbitrariamente libre que naufraga en sus propias falacias, en sus proyectos siempre inestables, jamás alcanzables; sombra de hombre insuficiente para edificar una sociedad medianamente perfecta por lo mismo que es insuficiente para fundamentarse como persona en el sentido de la convivencia social y de la comunión espiritual.

Queda el humanismo personalista cristiano. El humanismo existencialista ateo critica al materialismo marxista su concepción del hombre como objeto y en consecuencia le opone su concepción del hombre como sujeto. Pero ya hemos visto que tal sujeto prontamente se convierte en simple **proyecto** de ser sin esperanza. Para el humanismo cristiano, al contrario, el hombre es una auténtica esperanza de Dios. Está sumido en el mundo, pero no separado de él: participa de la naturaleza material, pero también participa de la naturaleza angélica y por ésta, puede dominar a aquélla, más aún puede, por una ascensión mística de su personalidad, acercarse a la naturaleza divina. Ser persona es ser substancia individual en proceso de realización posible. El hombre, aún caído en el infinito de su desdicha, puede levantarse por el infinito de su grandeza de origen.

Por todo lo dicho, es fácil admitir, por parte de cualquier hombre medianamente espiritual y racional,

UN MUNDO EN CRISIS

que el humanismo personalista cristiano ofrece un mejor programa teórico que el de los humanismos existencialista ateo y marxista. Pero desgraciadamente esta no es una crisis de un sector de la cultura occidental, ni sus raíces pueden ser encontradas en un desequilibrio simplemente filosófico, social, económico o religioso; ni la crisis de la cultura puede conjurarse con programas de reformas obreristas. Volvamos la mirada al oriente y veremos que en la India, la China y el Japón, el fenómeno es el mismo.

Se trata de una crisis del propio hombre y no sólo del desajuste de algunos de los compartimentos ficticios en que ha sido dividido el hombre. Por lo tanto, la salvación no consiste en oponer en teoría la esencia a la existencia, lo abstracto a lo concreto, la lógica al absurdo, la razón al instinto, la economía dirigida al *laissez faire*, la distribución de las riquezas al monopolio, la paz a la angustia, lo eterno a lo temporal, porque el "ser biológico" del hombre, o su "ser social", su "ser económico" su "ser dinámico", su "ser psíquico", su "ser religioso" y aún su "ser racional", no son fundamento, sino consecuencia de su "ser hombre". Es este "ser hombre" integral el que está en crisis, porque en el devenir del desarrollo histórico, las causas de desequilibrio engendradas por nosotros mismos han llegado a surtir sus inevitables efectos. "Lo que sembrareis, eso cosecharéis, dice San Pablo; o como dice Cristo: "No es el que diga ¡Señor, Señor! sino el que haga mi voluntad", señalando claramente que el ser va comprometido en el **hacer**.

Entonces ¿qué hacer para ser? ¿Cómo rescatarnos?

Antes de que este siglo encuentre la norma nueva, el nuevo principio de autoridad ecuménica que habrá de presidir la vuelta del hombre al hombre y por lo tanto, que habrá de reordenar la sociedad (no sé si por gracia de una nueva dispensación o por virtud de verter el viejo vino cristiano en odres de una nueva interpretación), es preciso tomar medidas provisionales urgen-

tes. Como el médico le enseña al enfermo el mal de que padece, sus causas, y la conducta a seguir para recuperar la salud perdida, así lo primero es lograr que el joven —principalmente el joven—, sea plenamente consciente de que como hombre de esta época en crisis, y aunque no lo sepa, está enfermo de desequilibrio humano. Lo segundo es darle una conveniente educación humanista.

En esta tarea, las Universidades tienen una bella labor histórica que realizar; asumir este destino es demostrar que nos damos plena cuenta del lugar de la Universidad en la vida de la cultura.

Todavía quedan algunas Universidades en América sin Facultad de Humanidades, y la mayoría de las que la tienen, dan prioridad a la enseñanza y preparación profesional de tipo científico y técnico.

Pero ya sabemos que la técnica como resultado final de la ciencia es un invento moderno, los antiguos no tuvieron ciencia sino sabiduría, es decir: equilibrio de la calidad humana donde el saber y el hacer estaban presididos por la espiritualidad y la ética.

Ni la ciencia ni la técnica procuran la creación espontánea del hombre por sí mismo, el desarrollo y crecimiento de su humanidad intrínseca. La ciencia, de por sí, acomoda el sujeto al objeto, es esencialmente objetiva; la técnica por su parte, no viene determinada por el hombre, sino que es una acomodación del objeto científico a un fin de utilidad. Por eso no tiene nada que ver con la humanidad del hombre, y por eso mismo ha sido posible divorciarla de la ética; en consecuencia, un honorable hombre de ciencia puede dedicar toda su inteligencia a perfeccionar un arma destructiva de manera que en vez de matar 3 ó 4, mate 200 ó 300,000 de un solo golpe sin rozar la ética. De ahí que el lugar de la ciencia en la educación deba ser controlado por el estudio de las Humanidades, especialmente de la Ética. Las Humanidades nos enseñan a conocer y a apreciar a los demás hombres, a los demás pueblos; ellas nos pre-

UN MUNDO EN CRISIS

sentan magníficos tipos de humanidad como paradigmas dignos de ser imitados; ellas cultivan el entendimiento y afinan la sensibilidad; ellas centran al hombre en los pivotes de los principios que no se pueden violar so pena de perder la misma calidad humana.

Mientras llegue el dorado día en que las Universidades —haciendo honor a la raíz etimológica del nombre “universitas”— enseñen al joven la universalidad de los conocimientos, y junto a los principios de la ciencia que le enseña a calcular, a curar, a medir, a abogar, a reparar y construir físicamente, le enseñe también a una joven pareja cómo comenzar su vida matrimonial, o enseñe al padre de familia a descubrir las causas de una hostilidad que perturba la vida del hogar, o nos enseñe las causas profundas de nuestros instintos de muerte y destrucción; de la ira y el ansia de logro, de los espejismos del placer y las causas psicológicas de la angustia, mientras tanto, repetimos, hermanemos el estudio de la ciencia al de las Humanidades, controlemos la técnica por la Ética, porque de esa manera al menos estaremos combatiendo los resultados de la desorientación y la confusión: dos signos reveladores de este moderno mundo angustiado.

Afortunadamente, la Universidad de Santo Domingo, incorporada al ingente movimiento de renovación integral que vive el país desde hace 20 años, y como consecuencia de la poderosa influencia que propulsó esta marcha hacia adelante, restauró el estudio de las Humanidades con su Facultad de Filosofía, y el mejor voto que cabe hacer en este día en que profesores y estudiantes se preparan para iniciar de nuevo sus respectivas labores de ofrecer y asimilar el saber y la cultura, es que continuemos en la amistad, la hermandad y la paz que hasta ahora han reinado en nuestro venerado y antiguo recinto, porque un sector del mundo que irradie paz y concordia, positivamente hace al mundo un poco menos angustiado.